

PENITENCIA y MORTIFICACIÓN **en la praxis y en la enseñanza del beato Alberione**

El tiempo fuerte, tiempo favorable, de la Cuaresma despliega una oportunidad muy válida para conocer mejor y reflexionar juntos sobre los temas de la penitencia y de la mortificación según el beato Alberione.

1. La **PENITENCIA** se toma sea en la acepción etimológica de arrepentimiento, de impulso a la conversión, de una más concreta orientación a Dios en el itinerario de conformación al Maestro divino; sea en la acepción específica de “obras de penitencia”.

En la obra *Breves meditaciones para cada día del año*, en referencia al miércoles de ceniza, el P. Alberione escribe: «La cuaresma nos prepara a participar en los frutos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús con la penitencia y las buenas obras». Y, en sintonía con otros autores, también él define la cuaresma como «un gran retiro hecho por los cristianos de todo el mundo, que se preparan a la vida nueva y la resurrección en Cristo. Se imita el retiro y ayuno de Jesús».

Así pues, “un gran retiro”. Marcado por “penitencia” y “obras buenas”.

Es bien sabido que el Fundador no estableció para la Familia Paulina especiales penitencias de tipo corporal. Pero no deja de sorprender cuanto él se había propuesto en unos ejercicios espirituales, allá por 1922: «Reduciré el alimento incluso un poco en lo necesario; proveeré el modo del descanso para mortificarme; usaré la disciplina tres veces al día con espíritu de penitencia y como preventivo; si no bastara, añadiré el cilicio». Viene espontáneo preguntarse: ¿por qué el P. Alberione –y probablemente también el P. Giaccardo, Maestra Tecla, Madre Escolástica, Andrés Borello, etc.– no dudaba en recurrir a penitencias de tal tipo?

Con todo, conociendo bien nuestra fragilidad, el P. Alberione prefería orientarnos hacia penitencias de tipo positivo, es decir a aplicarnos máximamente en todas las tareas de nuestra jornada. Así nos guía él con indicaciones bien puntuales. Esto recomendaba en la meditación del 27 de febrero de 1952, miércoles de ceniza:

«¿Qué penitencias proponer para la cuaresma? Podríamos aconsejar muchas.

El amor paciente es la primera penitencia; amor benigno... (cf. 1Cor, 13,1ss); amor paciente con todos, también con nosotros mismos.

Otra penitencia: la vida comunitaria, la puntualidad en todo al horario: «*mea máxima pœnitentia, vita communis*» (mi mayor penitencia es la vida comunitaria), decía san Juan Berchmans.

Otra penitencia: el ejercicio rápido, diligente del apostolado, hecho con espíritu sobrenatural.

Pero esta mañana quisiera proponer, antes que cualquier otra, la penitencia de la oración, de la devoción, que comprende todas las prácticas de piedad del día, de la semana, del mes, del año.

1. Hacer todas estas prácticas y hacerlas íntegramente.
2. Hacerlas con el espíritu de las Constituciones. Honrar a Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida; sintonizar cada una de las prácticas con este espíritu, sobre todo la Visita al santísimo Sacramento. Hay Visitas que necesitan ser reconsiderarlas radicalmente y de mejorarlas.

3. Estudiar al Maestro divino. Leer el Evangelio; tratar de entenderlo, de comprenderlo bien.

Intensificar la práctica de las virtudes: de la humildad, de la caridad; y preferir en esta cuaresma plegarias de penitencia, como el *Miserere* [Sal 51/50], el *De profundis* [Sal 130/129]... Así nos prepararemos a una santa Pascua».

Más que la exhortación a las formas más usadas de penitencia –amor paciente, vida comunitaria, ejercicio diligente del apostolado hecho con espíritu sobrenatural– impresiona la expresión inusual “penitencia de la oración”. Qué entendía él con esas palabras resulta claro como la luz solar. “Hacer íntegramente las prácticas de piedad”; vivirlas “honrando a Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida (es decir con método paulino), sobre todo la Visita al santísimo Sacramento”; comprometerse a “estudiar al Maestro divino” leyendo el Evangelio y tratando “de entenderlo, de comprenderlo bien”; intensificar la práctica de las virtudes de la humildad y de la caridad.

2. Enlazado al tema de la penitencia está el de la **MORTIFICACIÓN**. Si el tema de la penitencia resulta más acoplado a un período del año, el tema de la mortificación es mucho más amplio, abarca todo el año y todos los sectores de nuestra persona, pues está estrictamente conectado con el itinerario de cristificación.

Ya en el Preámbulo del *Donec formetur Christus in vobis* el Fundador resalta “el ejercicio de la mortificación”; y apelándose a san Ignacio, subraya la finalidad de la mortificación: “formar la voluntad indiferente a las cosas creadas: salud o enfermedad, alabanza o humillación, riqueza o pobreza, etc.”. Por eso, tras haber recordado el ejemplo de Jesús –«Christus non sibi plácuit» [Cristo no buscó su propio agrado, Rom 15,3]–, añade: “Mortificación de la inteligencia, de la memoria, de la voluntad, de la fantasía, del corazón, de los sentidos externos. Y esto prolijamente, para que estos santos excesos y la repetición frecuente consigan pronto la costumbre y la muerte del hombre viejo” (DF 11-12).

Seguidamente el P. Alberione une inseparablemente la mortificación con la misión, el apostolado. En el *San Paolo* de enero de 1951, rememora fuertemente que “todos están obligados y todos pueden de alguna forma ejercer el apostolado”. Y, como muchas otras veces, enumera los tipos de apostolado: el apostolado del ejemplo, el apostolado de la oración, el apostolado tan eficaz de la vida interior y del sufrimiento, el cumplir santamente los propios deberes sociales, que son siempre un aporte al cuerpo místico de Jesucristo.

Luego precisa que “el verdadero apostolado es darse, en oposición al egoísmo, al interés, a la vanagloria, a la necia ansia de proponerse”. Exige, pues, tanta mortificación. De hecho “el apostolado supone espíritu de sacrificio, sacrificio de dinero, de tiempo, de salud, de estima. Incluye desilusiones, críticas, oposiciones, a menudo también de parte de quien menos se esperaba; quizás incluso de las personas cuya salvación eterna se buscaba, o que recibieron beneficios...”. En consecuencia:

«Debe entenderse bien la mortificación. Hay mortificaciones negativas y positivas. No hay que agotarse con privaciones, sino fortificar el organismo para comprometerse. Los apostolados hechos convenientemente son una mortificación positiva. No hay que comprimir las energías sino desarrollarlas y emplearlas para la gloria de Dios por las almas, en enseñar, administrar los sacramentos, dedicarse a los apostolados extraordinarios y a los tradicionales. Jesús *fatigatus ex itinere*».

El Fundador desea, por tanto, que “entendamos bien” la mortificación. Quiere, sin duda, que no descuidemos la mortificación negativa (pequeñas pero significativas renunciaciones o privaciones físicas para reforzar la voluntad), pero anhela orientarnos decididamente a la mortificación positiva. No estaríamos fuera de su pensamiento si cambiáramos el término mortificación con el de “vivificación”, pues esto es lo que el P. Alberione pretende.

Unos años más tarde vuelve sobre el tema en el *San Paolo* de 1954. Titula el argumento: *La ley de la mortificación*, y afirma con vigor:

«*Es universal*. Cualquier bien que se quiera realizar requiere o negar algo a la parte inferior o exigirla cierto esfuerzo.

Así es para el bien espiritual, la oración, el estudio, el apostolado, la observancia religiosa, etc. También requieren mortificación el recreo, la limpieza, el vivir familiar y social, el comercio, una alimentación regulada, la conservación de la salud, obtener confianza y estima ante los demás hombres, etc. (...).

Universal porque se extiende a todo el ser: mente, corazón, voluntad, fantasía, ojos, tacto, lengua, memoria, cada una de las pasiones (...).

El fin de la mortificación es positivo, pues tiende a cooperar en la justa dirección.

El nombre suena casi a *mortuum facere* (causar muerte), o sea establecer como reina a la voluntad de modo que pueda guiar tanto el ojo como la memoria, la lengua como la fantasía, bien directamente bien indirectamente, cual si fueran cadáveres que no pueden oponerse.

Tres máximos bienes tendremos con la mortificación, si es recta: salvación, perfección, apostolado.

Las varias denominaciones con las que se indica la mortificación aclaran el concepto, la necesidad, el fin.

En la sagrada Escritura tiene muchos nombres: *renuncia* “qui non renuntiat...”; *abnegación* “ábneget se metipsum”; *mortificación* “Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis”; *muerte* “mortui estis”; *sepelio* “consepulti”, *desprendimiento* “expoliantes vos”; *lucha* “bonum certamen”.

Hoy suenan a menudo estas palabras: *reforma, gobierno de sí, desasimiento, educar la voluntad, revestirse de Dios, vivir in Cristo, orientarse hacia Dios; esfuerzo, sacrificio, vigilancia*».

Es un texto de extraordinario relieve, ¡y tan útil, tan actual!

De la “ley de la mortificación” no es posible en modo alguno eximirse, en cuanto –como dirá en otra ocasión– “ningún bien puede obtenerse en el mundo sin sacrificio, sin mortificación”. La mortificación tiene como finalidad “establecer por reina a la voluntad”, aporta grandísimos bienes, y tiene un clarísimo fundamento evangélico. Es además significativo que el Fundador proponga otras denominaciones: “gobierno de sí”, “educar la voluntad”, hasta “revestirse de Dios”, o incluso “vivir en Cristo”. ¡Qué importancia alcanzaría si el propio término, mortificación, evocara inmediatamente a cada uno de nosotros el revestirnos de Cristo!

Para concluir, si quisiéramos enlazar el tema de la mortificación con la cuaresma, tampoco en ello nos faltaría una puntual sugerencia del Fundador. Hablando a las comunidades de la Familia Paulina en Roma, el 5 de marzo de 1952, afirmaba:

«En cuaresma, especialmente, hágase con generosidad la mortificación de la mañana: levantarse solícitamente, en penitencia de nuestros pecados.¹ Empezar bien la jornada significa comenzar bien la vida. Una juventud estudiosa, virtuosa, una juventud de carácter firme, anuncia una virilidad rica de actividad, de méritos y socialmente útil. ¡Qué hermoso es, de mañanita, a tiempo, encontrarse todos unidos a los pies de Jesús para recibir de Él la luz, la gracia necesaria para emprender con Él la jornada e irnos presurosamente al apostolado!».

Perfecto. ¿Quién querrá ser el primero en acoger esta invitación?

P. Guido Gandolfo, ssp

¹ Scrive don Antonio Speciale nel suo *Diario* che la sera precedente, don Alberione «va nel refettorio del vocazionario, e ai Sacerdoti e Fratelli che sono arrivati un po' prima a tavola, raccomanda di alzarsi tutti al mattino alle ore 5, per trovarsi per tempo in Cripta alle 5,30: "Questo lo dico per tutti e non solo per alcuni". Poi augura "Buon appetito!" ed esce» (cf *"Diario"*, 5 marzo 1952).